

lucrativo y seductor era para los periódicos hacerse órganos sin conciencia de los especuladores de bolsa. Muchos periódicos grandes de París fueron adquiridos por los especuladores principales, que pagaron por ellos sumas inmensas. Mirés, que era propietario del *Pays*, bajó el precio de este periódico tanto, que no pagaba los gastos, con el solo fin de atraerse los suscriptores del *Constitutionnel* y adquirirlo después por 1.200.000 francos de sus propietarios, que eran Morny y Veron. Su rival Millaud adquirió la parte que tenía Emilio de Girardin en el periódico *La Presse* por 800.000 francos. El periódico *La Patrie* pertenecía al banquero De-lamarre, y una cosa análoga sucedía con otros periódicos de la capital y de provincias. Por supuesto que en estas especulaciones periodísticas no se buscaba el beneficio que pudiera dar el periódico por sí, pues que solo debía servir de medio para atraer al público á negocios de mala fe, para subir y bajar el curso de los valores bursátiles, facilitando de esta manera un verdadero juego peor que el de la lotería, del cual los lectores de buena fe de tales periódicos eran las víctimas. Pocos escrupulos mostraban tener los grandes bolsistas de extender cada vez mas este juego loco á todas las clases de la sociedad. El gobierno intervino alguna vez para oponer un dique á este furor y hasta envió una advertencia al fidelísimo *Constitutionnel*, porque á pesar de los consejos oficiales que le había dado, continuaba favoreciendo ciertas empresas industriales y desacreditando otras con insinuaciones inexactas y malévolas; mas estas mismas advertencias eran provocadas ó bien impedidas por la influencia de los mismos especuladores y capitalistas, y acaso tambien hasta por los ministros y grandes dignatarios para sus fines personales financieros.

Entre las personas que estaban mas próximas al presidente había muchas cuya situación económica era desesperada, y las cuales, ya para salvarse, ya por la afición al juego de bolsa, se hallaban enredadas en las especulaciones mas arriesgadas. Hasta se hablaba de Napoleón mismo diciéndose que aprovechaba su posición para lucrar en negocios de bolsa, lo cual no se ha podido comprobar hasta ahora; y muy al contrario, le han sido muy favorables las relaciones, no completas, pero ya muy extensas, que han suministrado los papeles secretos encontrados en las Tullerías después de la caída del imperio. Examinados con afán estos papeles por sus contrarios, resulta que Napoleón tenía grandes deudas al dar el golpe de Estado, debiendo cientos de miles de francos al general Narvaez y al marqués de Pallavicini. Por otra parte, no se mostró mezquino respecto de sus parientes, allegados y servidores fieles, ni en general en asuntos pecuniarios; pero le bastó su dotación para cubrir ampliamente todas sus necesidades, y no hay pruebas de que hubiese dispuesto de sumas que solo podían explicarse por especulaciones de bolsa; porque las economías que empleaba en empresas de utilidad general como roturaciones y cultivo de tierras y otras empresas por el estilo, eran al fin y al cabo relativamente modestas. No podía decirse lo mismo de una gran parte de sus auxiliares en el golpe de Estado, porque de Morny se sabía que en diciembre de 1851 estuvo á punto de quebrar; por el mismo tiempo Magnan tenía embargados los muebles en París y en Estrasburgo y estaba agobiado de deudas, rivalizando con él y ganándole en este concepto Fleury, siempre amable y vividor; y cosas análogas se contaban de muchos otros personajes de la nueva situación. Viéronse después estos mismos hombres en relaciones las mas íntimas con los corifeos de la bolsa, que saqueaban al público aparentando empresas sólidas. Otros miembros de la aristocracia les imitaron y fomentaron la pasión loca del juego, que se extendió, sobre todo después del golpe de Estado, engañando al observador im-

parcial, que no estaba en el secreto, con la apariencia de la prosperidad general. En el año 1852 arrojó el presupuesto 66 millones de francos de exceso de ingresos sobre los gastos, y 44 millones en 1853; las rentas habían subido tan rápidamente que el emperador pudo convertir en marzo de 1853 la renta del cinco por ciento en renta del cuatro y medio por ciento, con lo cual economizó á favor del Estado 18 millones de intereses anuales. Los valores de los ferro-carriles se habían duplicado en poquísimo tiempo, y la especulación con las acciones de banco de nueva fundación llegó á adquirir un carácter de verdadera demencia. El Crédito Mobiliario, fundado por los hermanos Pereire, dió lugar á juegos escandalosos. Las acciones de 500 francos fueron colocadas á su emisión á 700 francos, y subieron luego á 1.900 francos para volver á caer después con igual rapidez, porque el prometido dividendo de cuarenta por ciento resultó ser una pura farsa; mas esto no impidió que surgieran continuamente nuevas empresas análogas, como el *Crédito Territorial*, el *Crédito Industrial*, el *Comunal*, el *Agrícola* y otros muchos. A estos bancos se agregaron infinitas compañías de ferro-carriles, de ómnibus, de coches de plaza, de docks y otras, que todas ostentaban entre sus direcciones y consejos de vigilancia grandes títulos y nombres de la alta aristocracia para servir de reclamo, cuyos poseedores se hacían pagar á alto precio el acto de prestarse á figurar en tales consejos. En todas estas empresas jugaba el principal papel el *Crédito Mobiliario*, que compraba ferro carriles austriacos, construía nuevas líneas en Rusia, España, Suiza y otras partes, hacia préstamos á las compañías francesas, y en menos de cinco años con su capital de fundación de 60 millones de francos, hacia emisiones de papel por mas de 1.500 millones (1). Durante bastante tiempo se sintieron solamente los efectos benéficos que recibían por este impulso enérgico las industrias y el comercio. Abundaba el trabajo para los obreros y subían los jornales; ni pudo conmover esta prosperidad y el restablecimiento de la confianza el sordo temor de que Napoleón para sostenerse provocara una guerra extranjera. La confianza en que la tranquilidad interior estaba asegurada para el porvenir inmediato, fué mas poderosa que aquellos temores vagos.

De cuando en cuando la noticia de algun atentado contra la vida de Napoleón sembró, sin embargo, el espanto en la sociedad y mucho mas en el círculo de las personas iniciadas, si bien muchos de estos peligros, evitados afortunadamente, no llegaron siquiera á conocimiento del público en general. El público se acostumbró en cierta manera á estos desasosiegos, porque Napoleón tuvo buen cuidado de acostumbrarlo por su parte, haciendo publicar él mismo las amenazas desenfundadas que sus enemigos proscritos lanzaban. El *Monitor* publicó, por ejemplo, pasajes de Víctor Hugo como el siguiente: «Enfrente de Bonaparte y de su gobierno solo corresponde una cosa al ciudadano digno de este nombre: cargar su fusil y aguardar la hora. Luis Napoleón está fuera de la ley y fuera de la humanidad.» También hizo publicar extractos de artículos furibundos de la prensa inglesa y el manifiesto de la sociedad revolucionaria de Londres, que invitaba á los revolucionarios á tener á punto «la cuerda vengadora.» Con razón podía esperar el emperador que el ciudadano pacífico soportaría de buena gana el gobierno de la policía con tal que ésta velara por la vida del emperador y con ella por la tranquilidad pública; mientras el emperador estaba hasta cierto punto persuadido, conforme á su creencia fatalista, de que había de acabar su vida de una manera

(1) Véanse las obras alemanas: Horn: *El crédito en Francia*, Leipzig, 1857; P. Geyer: *La Francia en el reinado de Napoleón III*, Leipzig, 1865.

violenta. En agosto de 1852 envió lord Malmesbury á su secretario particular á París para enterar á Napoleón de los proyectos de los refugiados franceses en Jersey, que preparaban un desembarco y un atentado contra su vida, y en aquel mismo día el ministro prusiano Manteuffel le participó que los revolucionarios proyectaban otro desembarco desde la Argelia; pero Napoleón se rió de estos planes y añadió en serio que un atentado contra su vida sería el único que tendría probabilidades de éxito (1). No hay que dudar que la policía francesa tuvo conocimiento de un gran número de proyectos de esta clase, muchos de los cuales ahogó en germen, á pesar de que las revelaciones hechas posteriormente por diferentes agentes de policía no pueden merecer gran confianza. Griscelli, natural de Córcega, empleado en la policía secreta, refiere que descubrió poco después del golpe de Estado una máquina infernal en una casa del arrabal de San Honorato, y que después el embajador francés en Londres avisó que debía llegar á Francia un deportado evadido de Lambesa, llamado Kelche, á quien luego el mencionado agente de policía descubrió y mató de un tiro al querer evadirse. También refiere la prisión de otro italiano llamado Sinibaldi, que al día siguiente se encontró ahorcado en la cárcel, pero que en realidad murió envenenado. Otro conspirador italiano, Silvani de Perusa, que se hacía llamar Morelli y que se proponía atentar contra la vida de Napoleón en Burdeos, fué acompañado por el mismo Griscelli para no perderle de vista desde Calais á Burdeos, y fué muerto antes de la ejecución del atentado por su acompañante, que arrojó el cadáver al Garona. Ocioso sería querer investigar lo que hay de verdad en estas relaciones novelescas, ni tampoco puede atribuirse ninguna fe á las revelaciones fantásticas de Claude, jefe de la seguridad pública, y que publicó en 1881 nada menos que diez tomos de sus revelaciones; pero por esto no es menos verdad que la vigilancia estrecha y activa de la policía fué el único medio de asegurar la vida del emperador contra los proyectos de los conspiradores (2). También en el extranjero se generalizó la idea de que la vida del emperador era la mejor garantía de la duración de la prosperidad, pues se observó con gran satisfacción que en su política nada había de aquel humor belicoso que se le había supuesto. Los artículos furiosos publicados por la prensa inglesa contra el imperio todavía á principios de 1853, se hicieron cada día mas raros, hasta que cesaron del todo. Mucho gustó en Inglaterra el discurso del trono del 14 de febrero de 1853, en el cual Napoleón dijo que en el curso del año pasado había disminuido el ejército en 30.000 hombres; que lo disminuiría en el año corriente en 20.000 mas; que quería cultivar con lealtad las buenas relaciones internacionales, á fin de que se convenciesen los mas incrédulos de que la Francia merecía fe cuando declaraba expresamente su intención de conservar la paz; que el país era bastante fuerte para no temer á nadie y que por lo mismo no necesitaba engañar á nadie.

Otra prenda de una paz duradera se vió en el anuncio de que en 1.º de mayo de 1855 se abriría en París una exposición universal semejante á la de Londres. A este anuncio contestó el comercio de Londres con una manifestación de su confianza firmada por 4.000 comerciantes de la City, que presentó al emperador una comisión presidida por James Duke y que aceptó Napoleón dando las mas calurosas gracias, como prueba de que no podía engañarse durante mucho tiempo la buena fe de un pueblo y diciendo á la comisión:

(1) Malmesbury: *Memoirs*, tomo II, pág. 60.

(2) *Memoires de Griscelli*, Bruselas, 1867, págs. 32 y siguientes; Beaumont-Vassy: *Histoire intime*, pág. 87; Delord, tomo II, pág. 82.

«Como ustedes, quiero la paz, y para consolidarla quiero como ustedes estrechar los lazos que unen á ambos países.» Iguales seguridades dió á otra comisión inglesa que le suplicó confirmara como emperador el interés que tomó algun día en trabajos literarios á favor de la construcción del canal de Nicaragua, para unir el golfo de Méjico con el Océano Pacífico. En una palabra, en el verano del año 1853 pareció fundada la esperanza en el mantenimiento de la paz europea y que esta esperanza se robustecía notablemente.

#### CAPITULO IV

##### LA GUERRA DE CRIMEA

No obstante la creencia, cada día mas robusta, en la duración de la paz, llegó por aquel tiempo á asomar en Oriente un conflicto gravísimo, y estaba ya tan adelantado que parecía ya muy dudoso que este conflicto tomara un giro pacífico. En 2 de julio de 1853 las tropas rusas habían pasado el Pruth, no para hacer la guerra á la Turquía, sino para proteger en los Estados del sultan los derechos inalienables de la Iglesia griega, segun declaró un manifiesto del emperador de Rusia. El Austria se encontró amenazada por esta posición militar de la Rusia; la Inglaterra había contribuido mas que otro Estado alguno á alentar á la Turquía en su resistencia á las exigencias de Rusia, y la Francia había sido causa de la desavenencia entre el emperador de Rusia y el sultan. Las tres potencias creyeron que su honor y sus intereses exigían no abandonar á la Turquía; y si bien por lo pronto, en una conferencia celebrada en Viena, en la cual tomó tambien parte la Prusia, trataron de buscar un arreglo amistoso, se había puesto fuera de duda en las negociaciones diplomáticas anteriores la incompatibilidad de las exigencias rusas con la independencia del sultan. La inteligencia entre ambas partes parecía, pues, poco menos que imposible.

El punto de partida de la desavenencia databa de muchos años antes y pareció tan insignificante que se creyó posible un arreglo entre los intereses opuestos (3). En una de las frecuentes contiendas entre los monjes griegos y católicos en Belen, había desaparecido en 1847 una estrella de plata con una inscripción latina de la iglesia comun á ambas religiones en aquel lugar. Cada una de las dos partes contendientes pretendía tener el derecho de reemplazar la tal estrella, como signo de ser la verdadera propietaria del santo lugar. De este primer punto de contienda se originaron otros de importancia análoga, por ejemplo la cuestión de cuál de las dos partes debía tener en su poder la llave de la puerta principal de la iglesia, á qué parte correspondía el derecho de reparar la cúpula de la del Santo Sepulcro en Jerusalem, y en cuáles horas podían utilizar las diferentes religiones los santuarios comunes. Como la Rusia había considerado desde un principio causa suya la causa de los monjes griegos, y como por otro lado la Francia tenía por la capitulación de 1740 el derecho de protección de los cristianos católicos, las citadas contiendas locales habían sido objeto de discusiones diplomáticas, en las cuales cada uno de los representantes de las dos grandes potencias cristianas procuró inducir al gobierno turco á zanjar las cuestiones pendientes conforme á los deseos de la religión que defendía. Al principio los rusos tuvieron mas éxito que los franceses; pero

(3) Véase para el origen é historia de estas desavenencias la *Historia de la cuestión de Oriente*, por Félix Bamberg, que forma parte de esta biblioteca histórica, y tambien la obra inglesa de Kinglake: *The invasion of Crimea*.



desde la primavera de 1850 tomó Napoleón en su mano este asunto con mayor vigor, al ver que los ultramontanos franceses le daban mucha importancia. El Papa había nombrado en 1848 al obispo Valerga patriarca católico de Jerusalén, patriarcado que había estado vacante durante seis siglos, y después elogió la defensa reciente más enérgica de los intereses católicos, excitando á las demás potencias católicas á apoyar á la Francia, lo cual hizo casi imposible para Napoleón el retroceder en la actitud que había tomado. Por esta razón el embajador francés en Constantinopla, Lavalette, al cual el presidente había encargado el asunto con mucha insistencia, protestó en febrero de 1852 de la decisión del sultán, decisión que para los griegos era favorable en los puntos principales, si bien concedía á los católicos entre otras cosas la llave de la iglesia de Belén. No obstante, tranquilizóse y se contentó con esta solución y el gobierno turco envió un encargado con poderes á Jerusalén para presenciar la ejecución de sus resoluciones. Entonces surgieron en Jerusalén nuevas dificultades, pidiendo el patriarca griego la solemne lectura del decreto del sultán en presencia de la comunidad griega, y exigiendo que á los católicos se entregara solo la llave de la puerta secundaria de la iglesia de Belén. Después de nuevas negociaciones se complació al patriarca griego respecto del primer punto; pero respecto del segundo triunfaron los católicos, á los cuales se entregó la llave de la puerta mayor, y ellos también condujeron la estrella de plata en procesión solemne desde Jafa á Jerusalén y desde allí á Belén.

A este punto habían llegado las cosas, en diciembre de 1852, cuando Napoleón fué proclamado emperador. El disgusto del czar respecto de la decisión turca en el asunto de los Santos Lugares se manifestó en el reconocimiento de Napoleón III, no dándole el tratamiento de hermano. El czar estaba empeñado en vengarse del descalabro, y su canciller Nesselrode acusó al sultán en una nota violenta de haber faltado á su palabra, y al mismo tiempo anunció disposiciones militares, que por lo pronto se limitaron á una concentración de fuerzas rusas en Besarabia. El czar, convencido de que la Francia debía á su honor auxiliar á la Turquía, quiso entenderse con el gobierno inglés antes de provocar un rompimiento. En la visita que el czar había hecho á Londres en el año 1844 había tratado de inclinar á los ministros de Inglaterra á una partición de la Turquía, lisonjeándose con la esperanza de que uno de ellos, lord Aberdeen, entonces ministro de Negocios extranjeros, que acababa justamente en 28 de diciembre de 1852 de formar un nuevo ministerio, sería favorable á esta idea.

El soberano ruso tenía un concepto muy exagerado de la influencia que el partido de Manchester con su política de paz á todo trance ejercía sobre la opinión pública de Inglaterra, y al mismo tiempo creyó los informes equivocados de sus embajadores en Londres y París, que declaraban imposible una alianza anglo-francesa. Dominado así por ideas muy erróneas, descubrió en enero de 1853 al embajador inglés en San Petersburgo, Hamilton Seymour, en repetidas conversaciones, sus deseos más secretos, diciendo que el hombre enfermo á orillas del Danubio estaba próximo á morir, y que no debía permitirse que la Francia sacara ventajas de este suceso, por lo cual era menester que se entendieran la Rusia y la Inglaterra sobre la herencia; que él estaba decidido á ocupar á Constantinopla en el momento oportuno, no como propiedad, sino solo como fianza ó prenda de garantía; que no pensaba en aumentar su territorio, pues estaba muy distante de tener los deseos de Catalina II, y que deseaba una alianza sincera con Inglaterra, como la única potencia en la cual podía y quería apoyarse únicamen-

te en su política oriental. A esto añadió que estaba completamente seguro del Austria, diciendo literalmente con gran petulancia: «Hablando de Rusia hablo también de Austria.» En otra conversación expuso (en 21 de febrero) lo que creía que debería hacerse con la Turquía, á saber: que las provincias al Norte de los Balkanes, la Rumanía, la Bulgaria, la Servia, etc., fuesen declaradas Estados independientes; si Inglaterra quisiese quedarse con el Egipto y la isla de Candía, la Rusia no se opondría; y respecto de Constantinopla, Rumelia y Macedonia no dijo nada, habiendo ya dicho en otra ocasión anterior expresamente que no pensaba dejar estos territorios á la Grecia.

El gobierno inglés estaba muy distante de aceptar semejantes proyectos; se negó á discutir sobre ellos, y en lugar de unirse á la Rusia contra la Francia, empezó á mostrarse favorable á las proposiciones francesas, comprendiendo que la inteligencia con Francia era el mejor medio de apoyar á la Turquía. En su consecuencia, luego que el gobierno recibió de Seymour la noticia de su conversación con el czar, dió al embajador inglés en Constantinopla, lord Stratford Canning, que entonces se encontraba con licencia en Londres, la orden de regresar á su puesto pasando por París, donde debía avistarse con Napoleón. No hay duda de que las dos potencias occidentales deseaban todavía entonces poder conjurar la tempestad, y Stratford, que tenía una influencia extraordinaria y particular cerca del gobierno inglés, consiguió fácilmente inducir á Napoleón á ser hasta cierto punto condescendiente, á fin de permitir al sultán serlo también con la Rusia; mas en aquellos mismos días el czar tomó una medida que dificultó en gran manera toda aproximación. Envió al almirante Menchikoff en misión extraordinaria á Constantinopla, con instrucciones no solamente para hacer nuevas reclamaciones en la cuestión de los Santos Lugares, sino para exigir también la destitución del ministro Fuad-Effendi y un convenio en el cual el sultán garantizara los derechos correspondientes á los cristianos cismáticos, amenazando con la guerra en caso de negativa y prometiendo, en caso contrario, es decir, en caso de acceder el sultán á las pretensiones de Rusia, el auxilio ruso contra las hostilidades de otra potencia, esto es, de la Francia (1).

La actitud de Menchikoff debía, pues, tener por objeto excitar al sultán ó atemorizarle. Con esta intención verificó Menchikoff en su viaje, cerca de Odesa, una revista de tropas y en Sebastopol otra marítima. Llegado que hubo á Constantinopla con numeroso séquito de jefes militares terrestres y marítimos, declaró que no trataría con el ministro de Negocios extranjeros, el falaz Fuad-Effendi, y no contento con esto, hizo su visita al gran visir, Mehemet-Alí, no en traje de gala, como correspondía, sino vistiendo el sobretodo: en fin, toda su actitud estaba calculada para provocar una ruptura ó la sumisión. Justamente hallábanse representados entonces tanto el gobierno inglés como el francés en Constantinopla solo por encargados de negocios, el coronel Rose y el secretario de legación Benedetti, porque el embajador francés Lavalette había sido llamado á París en febrero y no había llegado todavía su sucesor Lacourt. Así, pues, los ministros turcos no podían recibir grande apoyo de los representantes de Inglaterra y Francia, lo que tuvo por resultado que la actitud de Menchikoff fuese coronada de éxito por lo pronto, pues Fuad-Effendi solicitó su exoneración y la recibió el 2 de marzo. Pero cuando el enviado ruso formuló después sus exigencias con más precisión, encontró en el gran visir y en el nuevo ministro de Negocios extranjeros,

(1) Jomini: *Etude diplomatique sur la guerre de Crimée*, San Petersburgo, 1878, tomo I, pág. 159.

Rifaat-bajá, la más decisiva resistencia. Robusteció esta oposición el coronel Rose, pidiendo al almirante Dundas en Malta que pasara con su escuadra á los Dardanelos. Benedetti se abstuvo de dar otro paso análogo; pero los respectivos gobiernos procedieron en sentido contrario: el inglés ordenó á su almirante que no se moviera de Malta y el francés envió desde Tolon una escuadra á Salamina. En San Petersburgo causó gran satisfacción semejante desacuerdo, al cual se dió mayor importancia de la que tenía en realidad, y

Menchikoff, á fines de marzo, pidió rotundamente para la Rusia el protectorado sobre los once millones de súbditos de religión cristiana griega del sultán, ofreciendo en cambio una alianza con la Rusia, por la cual se obligaba el czar á auxiliar á la Turquía con 400,000 hombres. Pocos días después, el 5 y 6 de abril, llegaron á Constantinopla el embajador inglés y el francés, y el ministro turco les enteró de la exigencia rusa. Entonces Stratford Canning se esforzó en zanjar definitivamente la cuestión de los Santos Lugares dejando



Reschid-bajá, ministro de Negocios extranjeros

separadas las demás pretensiones. Logrólo en efecto el 4 de mayo. Habiéndose declarado Napoleón en su entrevista con Stratford, dispuesto á hacer algunas concesiones, se determinó que la posesión de la llave y de la estrella de plata (que debía considerarse como un regalo del sultán) no conferían á los católicos ningún derecho de propiedad; que la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro sería reparada á expensas del sultán bajo la vigilancia del patriarca griego, y que las misas griegas precederían á las católicas en las iglesias comunes á los dos cultos.

Esta solución no tuvo sin embargo ningún valor, porque Menchikoff continuó insistiendo en el protectorado y exigió con este objeto un tratado que confirmase á la Iglesia griega en todos los derechos que había poseído desde antiguo.

Para robustecer la resolución del sultán de rechazar esta exigencia le hizo saber Stratford en una audiencia del 9 de mayo que estaba autorizado en caso de peligro para dar á la escuadra estacionada en Malta la orden de estar preparada para ponerse en movimiento. Esta noticia, vista la reserva

observada por el gobierno inglés hasta entonces, pareció importante, si bien en el fondo no comprometía al gobierno inglés en nada; pero bastó para que el sultán cobrara valor y rechazara la proposición rusa el 10 de mayo. Entonces pidió Menchikoff el día 12 una audiencia del sultán sin intervención de los ministros. El enviado ruso la obtuvo, pero no consiguió hacer variar al sultán de resolución, y en cambio, el gran visir y el ministro Fuad presentaron su dimisión, porque no creían poder negociar más con Menchikoff después que éste había prescindido de ellos. Entonces nombró el sultán á Reschid-bajá ministro de Negocios extranjeros, y pocos días después un gran consejo de Estado confirmó por 42 votos contra 3 la no aceptación de las exigencias rusas. En su consecuencia, Menchikoff declaró el 18 de mayo rotas las relaciones diplomáticas; pero después de una entrevista con Reschid, concedió un nuevo plazo, declarando que se contentaría, en lugar de un tratado, con una nota del gobierno turco si en esta nota se concedía positivamente lo que había pedido. El gobierno turco no encontró tampoco